

Busca y captura de Carlos Monsiváis

Aparte de la imponente catedral laica que entonces fue la editorial Siglo XXI, del patriarca Arnaldo Orfila, el sello mexicano con el que mejor sintonizaba, en los primeros 70, fue Ediciones ERA. Además de sus espléndidas colecciones de ensayo y narrativa, con sus dos superestrellas durante décadas, Elena Poniatovska y Carlos Monsiváis, descollaban su combativa colección de bolsillo Biblioteca Era y sus Cuadernos Políticos, que albergaban los textos más incisivos y radicales de la izquierda latinoamericana.

Y así, lo más lógico es que mi grupo en mis aterrizajes en México (el primero en 1974), por afinidades electivas y coincidencias generacionales, fueran Neus Espresate y los colaboradores que aglutinaba en torno a la editorial; su socio y gran pintor, y responsable del grafismo de ERA, Vicente Rojo y su esposa Albita, que también trabajaba en la edición, en el Fondo de Cultura; episódicamente Sergio Pitol cuando regresaba de Europa, su gran amigo Carlos Monsiváis, y otro compinche, Luis Prieto, que colaboró muy joven con el general Cárdenas, aquel benemérito presidente del gobierno mexicano que acogió tan generosamente a los españoles que se exiliaron tras la Guerra Civil. Y también Margo Glantz, Luz del Amo, más tarde los Titos: Bárbara Jacobs y Augusto Monterroso. Todos ellos muy izquierdosos, un polo de la intelligentsia mexicana opuesto al otro polo, el de Octavio Paz al frente de las muy influyentes revistas Plural y luego Vuelta.

Pocos años después, en el 79, en Barcelona conocí a Alejandro Rossi, de quien acababa de leer un libro extraordinario, Manual del distraído, y se convirtió en uno de mis mejores amigos mexicanos. Más tarde también conocí y publiqué (Los demasiados libros) al muy agudo Gabriel Zaid, que al igual que Rossi formaba parte del núcleo duro del grupo de Paz.

Con Monsiváis hubo desde el inicio muy buena sintonía, le gustaban mucho los autores del Nuevo Periodismo que yo estaba empezando a publicar (y la no publicada Joan Didion, muy favorita suya). Y también Paul Bowles: a finales de los 70, siglos antes de su curioso *boom* hispano, Black Sparrow Press, la editorial de Bukowski, publicó sus Collected Stories y Carlos se ofreció a traducir una selección, pero el agente de Bowles exigió que se tradujeran íntegramente y abandonamos el proyecto. Eran tiempos muy difíciles para Anagrama (la peor época de la editorial, con diferencia) y la perspectiva de publicar un tomo de cuentos de un escritor desconocido, y para nada *à la page* en ningún país, me pareció excesiva; por otro lado, tampoco creo que a Monsiváis le entusiasmara una traducción tan larga.

Monsiváis, por una parte, participaba en todos los debates políticos, con una presencia constante en la prensa y en los medios de comunicación: era, y sigue siendo, un punto de referencia indispensable de la izquierda mexicana. Por otra, sus compilaciones de crónicas eran extraordinarias, y pasaban revista tanto a las peripecias políticas como a los muchos iconos de la cultura popular.

En ellas brillaba su sentido del humor, sus afiladísimos sarcasmos, al igual que en su conversación. En ésta ocurría que a menudo presuponía sobreentendidos imaginarios que obligaban al interlocutor a un vertiginoso intento de captar el sentido, a una gimnasia neuronal de alta competición. Me recuerda un poco en este sentido a nuestro común amigo José Miguel Ullán, pero éste, al revés que Carlos, amplía la paleta hasta su prosa, sus criptoartículos. Otra peligrosa estrella en este sentido es Juan Cueto, miembro del jurado de nuestro premio de novela: cuando nos comentaba, a su fragmentada, elíptica y aceleradísima manera los dimes y diretes de Madrid, nosotros, los jurados barceloneses, sólo descodificábamos, me temo, una parte muy exigua de sus sensacionales revelaciones; ahora, en Italia, al frente de Telepiú, parece haber frenado un tanto el motor.

En otro viaje, en los primeros ochenta si bien recuerdo, en un almuerzo me sorprendió diciendo que había terminado un texto sobre canciones mexicanas y otras variantes de la cultura popular y que le gustaría presentarlo al Premio Anagrama de Ensayo (un premio que acababa de ganar un amigo suyo, Juan García Ponce, con La errancia sin fin).

Yo me entusiasmé, claro está, Carlos me dijo que le daría los últimos retoques y dejaría el manuscrito en nuestro hotel, el Diplomático, en Insurgentes Sur. Lali y yo nos íbamos una semana a Puerto Rico y Bogotá en uno de aquellos viajes editoriales de la época, a menudo desesperantes y deplorables, y al regreso recogeríamos el preciado ensayo. Cuando llegamos de nuevo al hotel, Monsiváis no había dejado nada, pero no me alarmé. Lo llamé por teléfono una y varias veces y siempre una voz femenina, su tía, creo, me decía que Carlos no estaba y que no sabía nada de ningún manuscrito. Un par de días después teníamos que volver a Barcelona, desde donde llamé de nuevo en varias ocasiones con el mismo resultado, hasta que capté el mensaje: una "espantá" de Monsiváis, cosa nada rara según me enteré después.

En otra ocasión nos encontramos en un apartamento que entonces ocupaba Sergio Pitol, en un enorme edificio que luego apareció "portrait craché" en su novela El desfile del amor. Allí Monsiváis me dio un manojo de cuartillas que componían un librito: Nuevo catecismo para indios remisos, para su posible publicación. Debo confesar que no acabé de verle el chiste y por otra parte me pareció poco pertinente empezar con este libro tan atípico la publicación de Monsiváis en España. Al lado del agudísimo ensayista, del sabrosísimo cronista, ese catecismo era una rareza muy rara, que descolocaría al lector español.

Entre unas cosas y otras, mi bulimia editorial respecto a Monsiváis remitió. Más aún cuando supe que Ullán, también viajero contumaz a México, estaba preparando una antología de sus crónicas para Alianza (un proyecto del que también Carlos y yo habíamos hablado para Anagrama). Pero pasaron los años, y más de una década, y la anunciada antología nunca apareció.

Ya bien entrados los noventa leí en un catálogo que la editorial Suhrkamp había preparado otra antología de crónicas de inminente publicación, así que en mi viaje siguiente le planteé a Carlos que si iba a haber un Monsiváis para alemanes, ¿por qué no uno para españoles?

No, me aclaró Carlos por teléfono, no habrá Monsiváis para alemanes, no me gusta la selección que han hecho. Pero quedamos en el bar del altillo de la librería Gandhi, donde me traería el índice de una antología para Anagrama. Lali y yo ya estábamos esperando bebiendo Coronitas cuando Carlos llegó, se sentó y se sacó una cuartilla del bolsillo con una lista de nombres, el índice de marras: 1. Prólogo. 2. Los zapatistas en Chiapas. 3. María Félix. 4. Cantinflas. 5. Jorge Negrete. 6. La vida en los antros. 7. La desaparición de lo privado. 8. David Alfaro Siqueiros. 9. Diego Rivera. 10. Frida Kahlo. Fecha: 8 de agosto de 1996. Entrega del manuscrito: 8 de octubre de 1996. Con solemnidad (zumbona) firmamos y rubricamos el protocolo y siguió el previsible ritual: le envié por fax en un par o tres de ocasiones el papel acusador reclamando los textos, sin respuesta alguna.

De ahí mi sorpresa cuando hace unos meses me llamó Sergio Pitol para decirme que el Monsi había acabado un manuscrito y lo quería presentar al Premio Anagrama de Ensayo. Lo llamé de inmediato, me confirmó que lo mandaba... y lo hizo, sí. Se lo pasé a los otros miembros del jurado -Salvador Clotas, Román Gubern, Xavier Rubert de Ventós, Fernando Savater, Vicente Verdú- y la verdad no podíamos creer en nuestra suerte. Monsiváis, un autor que está en las antípodas de tanto analista blablatoso, de tanto ensayista valium. Un autor para quien parece diseñada la base más "ideológica" del Premio Anagrama: "El jurado preferirá las obras de imaginación crítica a las de carácter erudito o estrictamente científico". Aires de familia ganó el premio por unanimidad y ahora empieza su carrera en España, donde Monsiváis tiene un estatuto curioso: los intelectuales que han frecuentado México le tienen una enorme admiración (así, los miembros del jurado), mientras que para casi todo el mundo es un completo desconocido. Por ejemplo, la colaboradora de la editorial que leyó las primeras pruebas me preguntó: "¿Pero dónde se ha metido todo este tiempo este tío tan bueno?". En cualquier caso, atentos a la buena nueva: su libro ya habita entre nosotros.

Posdata: Penúltimos episodios de las crónicas de Monsiváis en el catálogo de Anagrama: cuando nuestro héroe me envió su nota bio-bibliográfica para la edición de Aires de familia me enteré, estupefacto, de una impensable noticia: ¡se había publicado una antología de crónicas de Monsiváis fuera de México! La editorial Verso, fundada por los amigos de New Left Review, había publicado en inglés Mexican Postcards. Se imponía, pues, la pregunta: ¿Por qué no unas postales mexicanas para españoles? Sí, te las enviaré, dijo Carlos. Las reclamé un par de meses después: No me gusta la selección de Verso, me dijo. Te traeré otra cuando vaya a España. ¿No me la podrías enviar ya y así la leería en esta Semana Santa, que me quedo en Barcelona? Sí, no te preocupes, te la mando mañana por DHL. Pero no. En un fax reciente me dice que las está reescribiendo una vez más y que me las entregará en mano en su inminente viaje.

Septiembre 2000, Letra Internacional